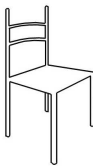
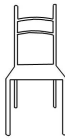


UNAI ELORRIAGA



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

UNAI ELORRIAGA

AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

Organiza:
ASOCIACIÓN DE ESCRITORES EXTREMEÑOS

Patrocina:
JUNTA DE EXTREMADURA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Colaboran:
I.E.S. ARROYO HARNINA
I.E.S. CAROLINA CORONADO
I.E.S. SANTIAGO APOSTOL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALMENDRALEJO

Diseño:
MARÍA CARBAJAL MASSÓ

Imprime:
FÉLIX RODRÍGUEZ S.L.

Dirección:
LARA GÓMEZ REY
FRANCISCA SÁNCHEZ GONZÁLEZ

LEEER PARA...

... ver. El que lee ve muchas más cosas que el que no lee. El que lee ve muchas más cosas que las que se ven por la calle, en la televisión, en el cine, en Internet... Se ven cosas que no se verían de otra manera. Se ve, por ejemplo, la cabeza de la gente, por dentro, se ve cómo piensan otros, cómo viven otros, por qué se ríen otros. Se ve por qué cuentan historias los brujos de las tribus australianas cuando se va el sol y sólo quedan vivas las voces de las personas.

Unai Elorriaga

Ezequiel llueve

A los trabajadores de la funeraria les gusta la lluvia. Yo he intentado por todos los medios hacerles entrar en razón, pero es imposible con ellos. Los trabajadores de la funeraria disfrutan con la lluvia y no entienden que desprestigia su profesión. No me hacen caso.

Es posible que sea por mi olor. Desde febrero no tengo un olor serio. Por mucho que pase una semana sin lavarme, sigo oliendo bien, cada vez mejor incluso. Es algo parecido a un perfume, a un perfume de niño. Y cuanto menos me lavo, mejor huelo. Y eso no es serio; no es serio para un hombre de mi edad.

Mi afición más reciente son los globos aerostáticos.

MARINA

Marina es la mujer de mi hermano. Marina siempre viste de azul y no le gustan las aceitunas. Pero ella y mi hermano tienen un gato, y al gato sí, al gato sí le gustan las aceitunas. A mí Marina siempre me dice lo mismo, que tengo que subir las persianas, que no es natural tener todo a oscuras. Desde febrero, es verdad, no he subido las persianas.

La casa es de nuestra madre, pero ahora está en el asilo. Sale muy pocas veces de allí y a casa no viene casi nunca. No le gustaría lo de las persianas. Si lo viera. Pero no viene casi nunca.

Marina es como una farola de flaca, y hay otra cosa que también me suele decir muchas veces. Me dice que no me tengo que obsesionar con la lluvia.

MARTIN

Martin es un tío nuestro. La mujer de Martin se llama Martine. La verdad es que es mucha casualidad, Martin y Martine. Pero al tío Martin le llaman Gritos, así es que no hay problema, porque mis tíos son para todo el mundo Gritos y Martine.

El tío Martin tiene ochenta y tantos años, y no le da vergüenza decirle nada a nadie. Y es amigo de los dueños de la funeraria, porque fueron juntos a la escuela y porque una vez mataron un gato.

Al tío Gritos le gustan mucho las aceitunas y le caben veintitrés en una mano; una vez cogió veintitrés aceitunas delante de nosotros. La número veinticuatro se le cayó.

El otro día me preguntó para qué voy tanto a la funeraria. Dice que le ha dicho Pedro que voy mucho a la funeraria. Pedro es uno de los dueños de la funeraria y tiene ochenta y tantos años y una vez mató un gato con el tío Gritos. A Pedro le llaman Tirón.

El tío Martin se pasa todo el día arreglando botes de remos. Los botes de los amigos. Él no tiene.

ANSO

Anso es mi hermano. Anso se ríe mucho de mí desde febrero. Se ríe de mi olor. Dice que no aguanta mi olor y se pone a metro y medio de mí para hablarme. Dice que huelo a jarabe.

Dice Anso que los globos aerostáticos son de la época de Matusalén y que cuando se inventó el primer avión, se tenían que haber quemado todos.

A Anso sí, a Anso le gustan las aceitunas, igual que a mí. Es economista, pero no entiende lo de la lluvia. Dice: “La lluvia... la lluvia y las funerarias, no tienes nada más en la cabeza”. “Y los globos” digo yo. Y después intento explicarle lo de la lluvia y las funerarias, pero no lo entiende. Ni mi hermano ni Marina, su mujer. Les explico que tengo que poner a los trabajadores de las funerarias en contra de la lluvia, pero no lo entienden.

Anso tiene dos hijos y un coche largo y una casa de 127 metros cuadrados en una urbanización azul. Como Marina. Marina siempre va vestida de azul.

ESTEBAN

Esteban es un amigo mío, muy amigo, y me suele acompañar a los encuentros de globos aerostáticos. No sé si le gustan las aceitunas. Nunca hemos comido aceitunas juntos.

Esteban entiende a medias mis explicaciones. Mis explicaciones sobre la lluvia y las funerarias. Pero no me dice que estoy obsesionado o que soy loco o que deje en paz a los trabajadores de las funerarias. Mi hermano me dice “Estás loco, Ezequiel”, y mueve la cabeza de un lado a otro. Esteban no; Esteban no mueve la cabeza y entiende mis explicaciones a medias, o hace como que entiende.

Esteban tiene la piel muy blanca y es flaco. Y desde febrero está más blanco y más flaco. Siempre le pasa en primavera. Esteban decae en primavera. En nuestra casa está a

gusto porque las persianas están bajadas hasta abajo. Pienso comprar aceitunas para la próxima vez que venga.

A Esteban lo que le gusta son los tejados verdes.

DON SILVESTRE

Don Silvestre es el párroco. Don Silvestre es muy amigo de nuestra familia porque una vez mi madre le planchó las ropas para la misa.

No hay día en que no vea a don Silvestre paseando. Pasea mucho por nuestra calle. A mí me suele pasar el brazo por los hombros y me dice: “La lluvia es una cosa natural, Ezequiel. No te preocupes por eso. ¿Cuánto tiempo pasas rezando, Ezequiel?”

Mi madre dice que don Silvestre utiliza tres relojes. Y también dice que más que las aceitunas le gustan los magurios.

Desde febrero veo a don Silvestre todos los días.

INES

Ines es mi sobrina. La hija de Anso y de Marina. A Ines le gusta el color del jamón. Dice que no hay camisetas o pantalones o jerseys de color jamón.

Cuando viene a casa, Ines suele estar asustada, porque las persianas están bajadas y no puede ver la calle o el sol o los coches. Dice: Abre un poco, tío. A veces me llama Ezequiel.

Una vez vi a Ines comiendo una aceituna. Puso cara de miseria.

Ines es la única que está conforme con mi olor. Le ha dicho a su madre que quiere un olor como el mío, en un perfume. Marina viste a Ines de azul casi siempre, si no es que una tía o una amiga o alguien le regala ropa de otro color; verde, por ejemplo, o color crema.

Ines me ha dicho que ha llovido mucho hoy por la mañana y que ha visto un carramarro en el patio de su casa. Yo me he dado cuenta de que desde febrero no ha hecho otra cosa: llover.

RUTON

Ruton es una persona. Es una persona que anda mucho por la calle y que habla mucho con todo el mundo. Conmigo mucho. Ruton pasa horas conmigo. Siempre en la calle, eso sí. Nunca he visto a Ruton dentro de una casa.

Tiene barba y pares de sandalias tres o cuatro. Por eso no le gusta la lluvia. Hablamos muchas veces de eso. Una vez le vi en un encuentro de globos aerostáticos.

Ruton siempre me pregunta lo mismo: ¿Ya has convencido a los de la funeraria? Yo le tengo que contestar que no, pero que falta poco. Le digo que al final se van a aburrir y que me van a dar la razón, aunque sólo sea para no tener que oírme más.

Ruton cuenta las esquelas para ayudarme. El otro día me dijo que había visto diecinueve ya, en el suelo, tiradas de mala manera, mojadas. Eso es lo que pasa con la lluvia: las esquelas se caen de las paredes y se desperdigan por el suelo. Y en menos de tres semanas Ruton ha visto diecinueve esquelas por el suelo, medio rotas, ni más ni menos.

Y hay veces que se borra la tinta. Y dice la esquila: “Tus her#ana# y t#s hij#s...”. Y después se lee: “El fun#ral se cele#ra#á en la igl#sia de S## Nicolás#, a las ##:#0 de l# t#rde.” Y todo eso lo hace la lluvia. Y los trabajadores de la funeraria no se dan cuenta. O no se quieren dar cuenta. Y qué significa para un hijo ver la esquila de su padre tirada por el suelo, mojada, puede que con una fotografía del difunto incluso. Pero a los trabajadores de la funeraria todo eso les da igual.

Ruton no dice nada sobre mi olor, pero se nota que no le gusta demasiado.

Ruton suele ir a ver los partidos de fútbol de los juveniles, para ver al hijo de un primo suyo.

ANGUSTIAS

Angustias es la tía Angustias. Tampoco es tía-tía; es prima de mi madre. Pero nosotros le decimos tía Angustias. Y tiene una costumbre: todos los años pasa un día entero en nuestra casa. Lo hacía cuando mi madre vivía allí y lo sigue haciendo ahora. Pero no viene siempre el mismo día. No viene el día de Navidad o el día de San Ignacio. La tía Angustias viene cuando se le ocurre, por sorpresa, y me vuelve un poco loco. Ese día abre todas las persianas hasta arriba.

La tía Angustias compra las aceitunas a toneladas. Yo creo que de ahí viene la afición de toda la familia.

La tía Angustias utiliza bastón y cree que las esquelas que pegan los trabajadores de las funerarias en las paredes siempre son de otros.

ERRAMUN

Erramun es otro amigo mío. Sólo me ha acompañado dos veces a los encuentros de globos aerostáticos. Dice: Visto uno, vistos todos. Eso es lo que dice. Pero sabe que no es verdad. Lo que pasa es que a Erramun le cuesta mucho levantarse de la cama y levantarse de la siesta y levantarse de cualquier sitio. No come aceitunas porque tienen hueso.

Erramun está preocupado porque no me hacen caso en la funeraria. Erramun se preocupa mucho por mí. Dice que todo eso se arregla con dos o tres sopapos. Dice que se agarra a uno de la funeraria del pescuezo y se le dicen las cosas claras. Me ha dicho que él está dispuesto a ir a la funeraria de mi parte. Que si yo quiero, está hecho. Erramun se preocupa mucho por mí. Sobre todo desde febrero.

Es difícil ver una camisa de Erramun que no tenga alguna mancha de comida, y es ingeniero, y me suele decir “Ay, Ezequiel, Ezequiel”. Y cuando dice “Ezequiel” canta, y es agradable el sonido que hace.

GASPAR

Gaspar es un trabajador de la funeraria. Hay mucho personal en la funeraria, pero Gaspar es el que siempre está. Es entrar a los tanatorios y encontrarte a Gaspar. Siempre está llevando flores de un lado a otro. También Gaspar huele a jarabe a veces, pero no es por las flores.

Suele estar en la oficina. Yo siempre que quiero hablar con Gaspar entré a la oficina sin llamar. Voy casi todos los días. Casi todos los días hablo con Gaspar y le digo lo de la lluvia. Le digo que cuando llueve, las esquelas caen al suelo y se ensucian y se rompen y que es triste, tanto para el muerto como para la familia. Y le digo que cuando llueve no tienen que poner esquelas y que deben guardar el cuerpo en el

tanatorio, dos días o tres o nueve días, lo que haga falta, hasta que escampe. Y que las esquelas sólo se tendrían que poner cuando no hay peligro de lluvia y que es entonces cuando habría que hacer el funeral.

Gaspar me dice que eso es imposible, que no se puede guardar un cuerpo tantos días. Me dice que habría atasco de muertos, que éste es un pueblo grande, que muere mucha gente a la semana. Siempre me dice lo mismo. Y tiene razón; no se puede hacer con todos los muertos. Pero sí con uno. Por eso voy todos los días a la funeraria. Le digo a Gaspar que conmigo pueden hacer una excepción cuando me muera y guardarme hasta que escampe. Gaspar no me contesta. Me dice que él va a morir mucho antes que yo y que se lo pida a alguien más joven.

A decir verdad, Gaspar es bastante más viejo que yo. Y suele llevar en la boca una flecha parecida a las que usaban los indios americanos, como si fuera un cigarro.

FERMIN

Fermin es un primo. Fermin me dijo una vez: “El 27 por ciento de los días son lluviosos aquí.”

TOMAS MERRIL

Tomas Merrill es un nuevo trabajador de la funeraria, joven. He aprendido su nombre y su apellido porque siempre los lleva en la solapa, en un plástico negro, con letras blancas. Gaspar jamás ha llevado un plástico así en la solapa y no sé cómo se apellida.

Conocí a Tomas Merrill en febrero, en la oficina de la funeraria. Yo entré a hablar con Gaspar, pero me dijeron que estaba de baja, que tenía unos dolores raros en la nariz y en los

dientes. Pensé que podía ser una buena oportunidad para hablar con Tomas Merrill y contarle lo de la lluvia. Pensé que algún día se haría cargo de la funeraria y podría organizar mejor las cosas. Tomas Merrill es bastante joven.

Me presenté a Tomas Merrill. Le dije “Ezequiel Oras” y le ofrecí la mano. Pero Tomas Merrill ni siquiera levantó la vista de los papeles. Dijo: “Sala cuatro.” No le entendí y dije: “Sala cuatro ¿Qué?” Entonces sí, entonces levantó la vista, y tenía los ojos llenos de rayitas rojas, y eran azules, y me dijo: “Ezequiel Oras: Ezequiel Oras está en la sala cuatro.”

Y fui a la sala cuatro y era verdad: allí estaba yo, tumbado dentro de un ataúd, con la familia alrededor. También había algún amigo: Erramun y Esteban. Y llevo aquí tumbado desde febrero, con la familia alrededor. Dice el tío Martin que está lloviendo a cántaros, que no para. Y que lleva así desde febrero.

A veces traen a los niños; sobre todo a Ines, a la hija de Anso y Marina.

MI MADRE

Mi madre es la señora que está sentada ahí, en la izquierda. Está en el asilo, pero viene todos los días.

UNA MUJER QUE LLORA

La mujer que llora no sé muy bien quién es. Creo que es una amiga de mi madre. No sé cómo se llama.

DON SILVESTRE

Don Silvestre es el párroco. Creo que ya lo he dicho antes. Don Silvestre le tiene mucho cariño a nuestra familia porque una vez mi madre le planchó la ropa para la misa. Creo que también lo he dicho antes.

PAULO

Paulo es otro primo. Ha venido corriendo al tanatorio y ha dicho que ha oído en la radio que va a escampar mañana y que va a haber tres días sin lluvia y que hay que poner rápidamente las esquelas y que hay que hacer el funeral cuanto antes. Paulo es una persona muy nerviosa y por eso está tan flaco.

Paulo es el que tiene el récord en la familia: dice el tío Martín que es capaz de comerse 27 aceitunas en un minuto.

(Cuento inédito)

Anas se durmió a las seis de la tarde. Lucas se quedó solo, sin nadie con quien hablar, pero, aun así, se alegró; Anas llevaba días sin dormir.

Entonces pensó un poco en los cementerios y en los panteones. Y en las gominolas de menta.

La puerta se abrió con pereza. Entraron a la habitación dos ojos bastante limpios, sin legañas ni zonas enrojecidas, pero necesitaron tres segundos más de lo que la gente tardaba en abrir la puerta y pasar dentro. Era una chica joven. Andaba despacio, muy despacio. Lucas pensó “La sobrina de Anas, o la nieta”. Sin embargo, la chica se sentó al lado de su cama. Tenía manos de susto, pegadas al vientre siempre.

—Hola —le dijo a Lucas.

Lucas hizo un esfuerzo para tratar de recordar quién podría ser aquella chica.

—Parece que está bastante bien —empezó la chica. Y pensó que haber ido al hospital era, probablemente, la peor decisión desde que decidió estudiar derecho.

Lucas, por su parte, se había empezado a marear: quién es, se habrá confundido de habitación... y se atrevió a preguntar directamente:

—No sé yo muy bien quién eres.

—Rosa... —se sorprendió Rosa.

—Rosa, Rosa —dijo Lucas derritiéndose dos veces—. También mi mujer se llamaba Rosa.

—Ya lo sé.

—Me acuerdo. En la heladería Humboldt. Allí conocí a Rosa. Estaba con su madre, imagínate. Con un helado de limón. Le dije que los limones eran lunas gordas y pedí uno de fresa. Ella me dijo que las fresas eran el sarampión de las zarzas. Así me dijo, el sarampión de las zarzas. Rosa. Cuarenta y siete años después.

—Ya lo sé.

—¿Y ya sabes que un suizo de sesenta y un años está preparando una expedición al Shisha Pangma? —dijo Lucas alegrándose de lo que le había dicho.

—No, eso no lo sabía.

—¡El bastón! —gritó Lucas de repente—. Mira a ver si está en el armario.

Rosa, un poco asustada, se levantó y fue hacia el armario con las manos pegadas al vientre todavía. Cuando estuvo cerca, separó por fin una mano del cuerpo y abrió el armario. Estaba vacío, pero cómo decirle a Lucas que el bastón no estaba allí, que el bastón que le había regalado su hermano no estaba allí, “Toma, lo he hecho para ti”, “Pero...”. No estaba en el armario. Ángel murió después de terminar el bastón. Lucas estaba convencido de que su hermano había metido en el bastón la poca vida que le quedaba y se la había regalado a él. “Ángel metió aquí lo poco que le quedaba para vivir”.

—Sí, está aquí —dijo Rosa, no sin sufrir un poco.

—Sólo cerraba el taller cuando hacía viento. Luego me puse viejo y el frío no me hacía bien. Pero tampoco entonces cerraba el taller. Por si venía Ángel, para que entrase directo.

—Sí, ya lo sé.

De *Un tranvía en SP* (2001)

María. Ficciones

Empiezas a mirar hacia atrás, ¿no? Y encuentras una barbaridad de recuerdos. Algunos bonitos. Pero luego piensas en tu edad y sólo treinta y cuatro años en abril. Aun así, recuerdos tienes muchos, pequeños y bonitos algunos. Recuerdas, por ejemplo, cómo viste, desde abajo, desde muy abajo, cogida de la mano de tu padre, por primera vez, aquella noria gigante, y qué grande y qué brillante y sus hierros, unos oxidados y otros no, y qué grande era sobre todo.

A mí eso me pasa en el cuarto de baño. Cierro la puerta y tengo recuerdos. Normalmente recuerdos buenos. A veces me echan en cara que estoy demasiadas horas en el baño y que al salir no doy explicaciones. Lo que pasa es que los recuerdos no se pueden explicar. Eso es lo que pasa. Y, claro, mi madre se enfada. Seguramente porque está mayor ya, pero no hay que tenérselo en cuenta, no muy en cuenta por lo menos. Mi padre no. Mi padre no escucha nada, o ésa es la impresión que da, como si tuviera una abeja en cada oído, y parece más sosegado que mi madre. Caza polillas y las clava en un corcho. Luego pone el nombre debajo, casi siempre en latín. También escribe mucho. De ahí mi afición, creo yo. Pero él escribe mucho mejor que yo, y pienso copiar algo suyo aquí, en estos apunte míos, si consigo coger su cuaderno, para demostrar que escribe mejor que yo y que gracias a él tengo yo esta afición.

La cuestión es que suelo entrar mucho al baño, para no tener que escuchar a mi madre y para recordar cosas.

De *Un tranvía en SP* (2001)

Lucas. Ejercicios

Si tuviera algo importante que decir. De joven hubiera podido contar cosas. De la guerra y de antes. Pero he olvidado casi todas. Algunas no, porque están ahí, dando vueltas. Además, yo he leído poco y eso es lo que se suele decir, no, que para aprender a escribir hay que leer, mucho. Yo sobre todo revistas de monte. A mí me gustan los ochomiles: el Shisha Pangma mucho. Es el más pequeño de los ochomiles, 8.027 metros, y tiene un nombre que llena la boca al decirlo. Shisha Pangma. María y yo solemos jugar a ese juego, a que hacemos una expedición a un ochomil y a que hablamos por radio. Está bien, a veces. Si no se te congelan los pies, o las manos, o los dedos de las manos, que es lo más común. A mí me gustan los ochomiles. El Shisha Pangma, y también el Nanga Parbat. El Shisha Pangma es malo. Ha matado a mucha gente. También el K2. Pero el nombre del K2 no me gusta, tan pequeño, tan científico. El Annapurna sí, y el Lhotse y el Manaslu también, pero menos. María siempre ha leído más que yo. Tiene una habitación llena de libros y con una cama y con un sillón. También me gusta mucho el bastón. Y por eso dejaba abiertas las puertas del taller casi siempre. Cuando había viento no. El bastón me lo regaló Ángel. Luego se murió. Ángel era marino. Segundo oficial. Era inteligente Ángel. Pero le gustaba la carpintería y tenía un poco de envidia. Cuando estaba en tierra iba más que yo a la carpintería. Y me contaba qué chicas, allí, en Australia. Ahora creo que está cerrada la carpintería. También cuando hace sol. No quiero ni pasar por allí. Creo que están medio podridas las puertas. También me gusta el reloj de cuco. Sólo se ha parado una vez. Cuando murió su padre. Bueno, el reloj se paró al de una semana de morir nuestro padre, pero como dice María, decirlo así es como decirlo con más cariño: el cuco se paró cuando se murió nuestro padre. María dice que hay formas y formas de decir.

Lucas le solía decir a Marcos que el día tiene dos partes. “Casi todos los días tienen dos partes: el día en sí y cuando el día empieza a dejar de ser día”.

Decía que el día en sí era para hacer cosas, para ir y venir, para serrar si había que serrar y para hablar si había que hablar. Pero que cuando el día empezaba a dejar de ser día las cosas cambiaban bastante. Cuando el día empezaba a dejar de ser día era para contar. Para contar las idas y venidas, para contar qué se había hecho con la sierra y para contar con quién se había hablado y de qué. Para eso era, esencialmente, el final del día. Lucas le contaba a Marcos que había una tribu en Australia en la que elegían a una persona. “Eligen a una persona para contador de la tribu. El contador ve cosas y piensa cosas. Después se las cuenta a los demás, cuando el día se va acabando”. Decía Lucas que ése era su oficio, que no tenía que cazar al contador, ni cocinar, ni pelear..., que era el contador de la tribu y que ése era su oficio.

A Roma se le enredó un pelo entre los dedos. Estaba pensando delante de la ventana y esperaba ver a alguien. Pero el pelo no le dejaba estar atenta a la calle; de vez en cuando tenía que dejar de mirar por la ventana para vigilar su mano. Si es que quería desenredar el pelo. Pero no era tan fácil: un extremo del pelo había creado una especie de vínculo amistoso con la manecilla del reloj. Era un pelo rojo. Bastante indeseable. Como todos los pelos rojos. No le gustaba a Roma su pelo rojo. En otoño llegaba a odiar su pelo rojo. Pero era un odio moderado. Y, a decir verdad, así, aislado, parecía rubio incluso. Y se alegró Roma de su pelo rubio, hasta que empezó a pensar en las personas rubias y en las ansiedades que tenían y en los desasosiegos que tenían.

Tiró del pelo y lo rompió. Parte de él quedó, sin embargo, enganchado en la manecilla. Y era el rabo de una lagartija roja y coleaba igual.

Volvió a mirar a la calle. Le faltaban veinte minutos para coger el coche, para ir a trabajar. Se acercó más a la ventana. Si no lo veía entonces, no vería a Marcos en todo el día. De hecho, Roma llamaba Marcos a Marcos, aunque no lo conociese; igual que podía llamarle Santos o llamarle Félix. Pero había decidido Marcos, y era Marcos desde el primer día; y había decidido, del mismo modo, que los padres de Marcos se llamaban Mateo y María.

Marcos tenía una nariz suculenta. “Se llama Marcos, seguro”, pensaba Roma, y luego pensaba “nunca ha venido tan tarde”, y luego pensaba “igual está enfermo”.

Se apartó de la ventana y volvió a acercarse al cuadro. Era un cuadro imposible de acabar. No se dejaba acabar el cuadro. Willem decía que siempre hay un cuadro difícil de acabar. Roma cogió el pincel. “Es más”, decía Willem, “casi todos los cuadros son difíciles de acabar”. Roma dio una pincelada después de estar nueve minutos pensando. Cuanto más se sabe de pintura, más difícil es acabar los cuadros. Eso decía Willem.

Tiró el pincel en el aguarrás y corrió a la ventana. Corrió con insolencia. Se ahogó. No había llegado Marcos todavía.

Roma se tenía que empezar a vestir. Fue al dormitorio y se quitó la ropa de casa. Dudó delante del armario, qué ponerse. De pronto se le ocurrió que Marcos podía haber llegado en aquel momento y, tal y como estaba, medio desnuda —en ropa interior—, cruzó toda la casa, hasta la ventana. Abrió la cortina escandalosamente, mucho más de lo que necesitaba para ver la calle. Y le dio un poco de vergüenza, porque Marcos podía estar allí abajo, mirando hacia arriba, y porque ella llevaba una ropa interior enormemente didáctica.

Pero Marcos no estaba en la avenida, y Roma llegó siete minutos tarde al trabajo, y además “igual está enfermo”.

De Un tranvía en SP (2001)

Marcos

Ha sido triste. Entrar a la biblioteca y, como siempre, mirar en todos los estantes, sin orden, de libro en libro, los leídos y los no leídos, y recordar qué era lo que había ido a buscar (Borges, Jorge Luis) y empezar a mirar metódicamente: Bor, Bor, Bor..., y en vez de Borges encontrar “Boralli, Ivan” y extrañarme, porque no conozco a Boralli de nada y porque he preguntado después a gente que sabe mucho de literatura y ellos tampoco, y coger el libro, *Los diez anteojos*, 1876, y ha sido triste: no porque yo o mis amigos o todas las enciclopedias del mundo o Internet no conozcamos a Boralli, sino porque el hijo de la hija de la hija del hijo del propio Boralli tampoco lo conoce; porque suficiente tiene con saber cómo se reenvía un mensaje de correo electrónico o con recordar el título de un libro escrito por un ex futbolista ex rumano. Ha sido triste, igualmente, sospechar que Ivan Boralli no haya sido más que un estorbo para encontrar lo que estaba buscando (Borges, Jorge Luis).

De *Un tranvía en SP* (2001)

Y fue así como llegaron a aquel trozo de césped de la parte superior de la casa. Y vieron todo el jardín y una banda azul que parecía que quería dar a entender que era la mar o una parte de la mar, y que lo mismo podía ser un toldo o una parte de un toldo (azul). Se sentaron en la hierba, juntos y formales. Marcos sacó el lápiz del bolsillo; Roma papel y una goma de borrar.

Habían entrado allí a jugar. El juego era simple: Marcos escribía, por ejemplo, *No hay ambulatorios para los pájaros que van a África*. Si Roma veía algún elemento que no le gustaba, lo borraba con la goma. Después introducía alguna novedad, que podía ser *Los pájaros que van a África no necesitan tarjetas de crédito*. Había veces, sin embargo, en las que la frase quedaba totalmente desfigurada; tal como *Los pájaros no necesitan subvenciones del gobierno para llegar a África*. Entonces era Roma quien escribía la siguiente frase: *Con las plumas de algunos pájaros que van a África se podrían hacer kleenex de lujo*. Llegados a este punto, correspondía a Marcos usar la goma de borrar, pero frases así eran imposibles de corregir y lo que hacía era proponer una tercera: *Habrá algún pájaro que se enamore de la hiena más fea de África*. Roma entonces: *Habrá algún pájaro que se enamore de la máquina de Coca-Cola de una calle de la ciudad de Nairobi*. Pero Marcos: *Habrá algún pájaro de los que vayan a África que tenga alergia a las máquinas de Coca-Cola de las calles de la ciudad de Nairobi y que prefiera quedarse mirando a una especie de lagartija que hace como que baila, encima de la arena o encima de una piedra*.

Y viendo Marcos que el juego estaba totalmente echado a perder, cuando hacía Roma además de cambiar la frase, metía la goma de borrar entre dos botones de su blusa.

Y Roma hurgaba en el ombligo de Marcos.

Etcétera.

De Un tranvía en SP (2001)

A Lucas siempre le había parecido que las vías que utilizaba la compañía del ferrocarril para limpiar los trenes, no eran para limpiar los trenes; siempre le había parecido que eran para matar trenes. Se veía claramente que les costaba respirar a los trenes, que tenían una tos fea. Ésa era la impresión que le daba a Lucas. Era una impresión sencilla, eso sí, sin ramificaciones.

Lucas solía andar entre los vagones cuando no estaba Rosa. Hablaba con los que limpiaban los trenes. Ahora había tres chavales; hacía cuarenta años un viejo: Arturas. Eran elegantes las conversaciones entre Arturas y Lucas. ¿Mucha basura, Arturas? Menos que en el infierno. (...) ¿Qué tiempo va a hacer, Arturas? Mejor que en el infierno.

A Lucas le gustaba estar cerca de las ruedas de los trenes. Desde los andenes de las estaciones no podía ver las ruedas, pero sí desde allí; era un privilegio estar allí. Y solía coger un clavo en el taller y hacía dibujos en la roña de las ruedas, y algunos dibujos seguían en el mismo sitio al de una semana; cuando los volvían a traer a limpiar, pero muchos de ellos no eran ya ni siquiera dibujos, eran un poco más de roña encima de la roña de antes.

Cuando decidía que ya había andado lo suficiente entre vagones, se acercaba al balcón de la estación. Para Lucas era el balcón de la estación porque dejaba ver toda la parte baja del pueblo, y los últimos árboles, y el monte, y las setas, si se era joven y se tenía buena vista.

De *Un tranvía en SP* (2001)

—Voy a empezar a buscar un trabajo de oficina —
Marcos.

—¿Para qué? —María.

Marcos se quedó mudo.

—¿Y la guitarra? —Lucas.

Marcos se volvió a quedar mudo. Y cada vez que le hacían quedarse mudo le dolía el estómago, y un poco la zona de las costillas.

De *Un tranvía en SP* (2001)

Roma

Al final nos pasamos la vida calculando cosas. Empezamos sin darnos cuenta de que estamos empezando, y llega un mes de invierno en el que ya sabemos, sin ninguna duda, que no podemos parar de calcular.

Empezamos a calcular, ya un poco seriamente, cuando estudiamos la carrera. Cuánto tiempo vamos a necesitar para hacernos médicos: a) si somos buenos estudiantes, pasaremos, más o menos, X años en la universidad; b) si somos estudiantes del tipo ya-estudiaré-cuando-acabe-la-película, tardaremos $X+1$ o $X+2$ años, según el metraje de las cintas y la capacidad de los guionistas para marear de aburrimiento, y c) si somos estudiantes tragicómicos, en cambio, podemos llegar a tardar hasta $(X+N)^2$ años. Entonces decidimos que igual lo mejor es el grupo A, pero que tampoco pasa nada por saltar al grupo B un par de veces al año. Que es incluso bueno. También tres veces. Cuatro ya no. Pero estar en el grupo A nos lleva a calcular cuánto tiempo necesitamos para cada curso y para cada semestre y para cada examen.

La carrera no la hacemos en balde, claro; no la hacemos porque tengamos una necesidad asfixiante de cultura. No. El objetivo es mucho más noble: conseguir trabajo. Y entonces empezamos a calcular cuál es el mejor trabajo. Y cuando conseguimos trabajo empezamos a calcular los días laborables, y cuando los días laborables son demasiados largos, pasamos a calcular las horas laborables, sobre todo cuando no hemos dormido bien.

De Un tranvía en SP (2001)

El día en sí

Estoy cansado le dijo Lucas a Marcos. Marcos le preguntó por qué y le dijo no puedes estar cansado todo el día en la cama. Así mismo le dijo Marcos, que no podía estar cansado todo el día en la cama, y se rió. También Lucas se rió, pero solamente para empatar con Marcos. Y le dijo que no, que no era eso; estoy cansado, quiero decir que estoy como para morirme ya, y siguió diciendo que era conveniente que se muriera ahora, anteayer o ayer, tengo que morirme ahora. Marcos le preguntó por qué lo sabes tan seguro. Lucas dijo que lo sabía y después dijo que lo sabía bien, porque me da igual, porque parecido voy a estar vivo que muerto, muerto mejor igual, porque sin dolor y más tranquilo. Marcos le preguntó dónde le dolía. Lucas empezó a decir de dónde vienen tantas polillas, y se quedó callado, y luego dijo hay cientos. Marcos no veía polillas, pero Lucas le dijo dile a Rosa que venga, que tiene que ver este espectáculo, porque la mayoría de las polillas son normales, pero algunas tienen las alas rojas, y el rojo es el color preferido de Rosa.

De Un tranvía en SP (2001)

Matías oyó crac en el mismo momento en que se sentó. Puede que también fuese crec lo que oyó. Pensó que había sido él mismo el que había provocado ese ruido al sentarse y volvió a incorporarse rápidamente y, esperando lo peor, miró a su asiento y vio una cucaracha reventada, con un porcentaje generoso de tripas fuera. Las tripas de aquella cucaracha habían sido ligeramente blancas.

Matías recogió las tripas y la cucaracha con *kleenex* ligeramente blanco. Entonces intentó volver a abrir la ventana que se había preocupado de cerrar cuando el tren se puso en marcha. Para tirar el *kleenex*. Pero las ventanas de los trenes son desagradecidas y son tercas, y cada vez que empujaba la ventana sólo se llegaba a mover medio milímetro o tres cuartos de milímetro.

El hijo de la viuda le pidió entonces que le regalase la cucaracha, de la misma manera que le había pedido la pelota, con el dedo, señalando, con todas sus fuerzas. Pero su madre le dio un golpe en el brazo, que cómo se le ocurría, una cucaracha, y el niño dejó de pedir. Matías acabó de tirar por la ventana el *kleenex*, las tripas y la cáscara de cucaracha. Cuando se sentó la viuda le volvió a hacer el gesto. Otra vez la comisura. Por lo visto el gesto también servía para pedir perdón.

Matías se puso nervioso y sintió dos series de escalofríos: una por toda la cabeza exceptuando los dientes y la otra más abajo, en alguna parte del cuerpo. Nunca le había hecho una mujer tantos gestos en tan poco tiempo. También en eso tendría que pensar alguna vez.

Matías empezó a mirar por la ventana, para no tener que mirar a la viuda. Entonces se acordó de los dos libros que tenía en el bolsillo de la maleta y pensó que le haría bien leer, que así olvidaría a la viuda, un poco. De hecho, se le estaban

empezando a calentar ya algunas partes de las orejas y los alrededores de las pestañas.

Se puso de pie. Agarró la maleta y, cuando trataba de bajarla, la gabardina que tenía encima cayó sobre la cabeza de la viuda. La mujer se la quitó enseguida, pero su peinado había enloquecido ya, y algún pelo seguía en su sitio, pero la mayoría estaban borrachos, o estaban bailando, sin decencia.

Matías dejó la maleta en el suelo, cogió la gabardina y dijo Perdón, Perdón tres o cuatro veces. Empezó a sentir más calor, sin embargo, alrededor de las pestañas otra vez y alrededor de la nariz y alrededor de las cejas, porque la viuda estaba arreglándose el pelo allí mismo, en el compartimento, como si estuviese en su dormitorio, delante de Matías.

De El pelo de Van't Hoff (2003)

Y empezó, por tanto, a pensar en el viaje. De hecho, tres días antes de coger el tren se había dicho que alguna vez tendría que pensar sobre el viaje, y se le ocurrió que si tenía que pasar siete horas dentro del tren, algún minuto le quedaría para pensar en lo que tenía que hacer cuando llegase donde tenía que llegar.

Y pensó en el viaje y pensó en el proyecto que tenía que hacer en aquel viaje. El proyecto no era fácil; sobre todo al principio. La cosa es que tenía que entrar en casas de gente desconocida, y entrar en casas de gente desconocida es una cuestión un poco aparatosa. Porque hay muchas casas oscuras en el mundo, casas difíciles para los que no son de la casa. Pero se le ocurrió que también hay casas que están muy lejos de ser casas oscuras, que hay casas que son la claridad misma. Las casas de los que se acaban de casar, por ejemplo. Las casas de los que se acaban de casar son casas transparentes casi. Porque los que se acaban de casar no harían en casa nada que no hicieran en un aparcamiento.

Pero, pensó, hay otras muchas casas que se van oscureciendo poco a poco, y están así muchos años y después, despacio, se acaban por pudrir. Y no puedes entrar en esas casas, y si entras tienes que quedarte en la sala, porque en la habitación de al lado hay un enfermo y porque todas las demás habitaciones están cerradas, sin más razón, y eso es lo que hace que se oscurezcan ciertas casas y que después, sin demasiada prisa, se acaben por pudrir.

Sería duro, por tanto, el principio del proyecto. Pero la gente empezaría a conocer a Matías, poco a poco, y llegarían a acostumbrarse. Matías era funcionario además, del Ministerio, y eso abriría muchas puertas. Puertas viejas sobre todo.

Necesitó dos minutos y cuarto para llegar a esa conclusión, pero después estuvo veintisiete minutos dando vueltas alrededor de lo mismo. Matías acostumbraba a hacer filigranas con sus ideas.

Cuando despertó, al día siguiente, Matías seguía con los despojos de uno de los sueños colgando del cerebro. Sabía que estaba en la pensión Malanda, en una cama, pero una parte de su cuerpo -un codo, por ejemplo- seguía dentro del sueño. Y el sueño era verde. Tan verde como una alfombra verde; no verde como la hierba, o verde como un bosque, o verde como la hoja de un árbol gordo. No. Todos esos son verdes fotográficos y no valen para los sueños. El verde del sueño de Matías era un verde de alfombra verde lustrosa. Y en ese verde había avionetas. Y encima de las avionetas equilibristas antiguos. Y los espectadores de los equilibristas eran abejas, y las abejas aplaudían a los equilibristas. Con una sonrisa en los labios siempre. Y simpáticas.

La cosa es que si a Matías le hubieran dicho que iba a soñar con abejas, es decir, si le hubieran dicho “Vas a soñar con abejas hoy”, habría pasado despierto toda la noche. O se habría ido a dormir, sí, pero maldiciendo y diciendo palabras sucias contra la mala suerte, por ejemplo. Porque los sueños con abejas no pueden ser otra cosa que pesadillas, claro; los sueños con abejas no pueden ser otra cosa que, como mínimo, sueños bárbaros.

Pero ni mucho menos. Las abejas eran seres cariñosos. También bailaban bien, y eran totalmente compatibles con las personas. Y Matías estaba, en el sueño, al lado de las abejas y aplaudía, como ellas, a los equilibristas de las avionetas. Cómodo.

Pero de repente recordó que en cierta ocasión, de niño, abrió un higo gigante por la mitad y que, cuando estaba a punto de metérselo en la boca, vio que había una abeja dentro, muerta, y que pasó años después sin comer higos. Y no había

nada que gustase a Matías tanto como los higos. Y pasó años sin comer higos por culpa de las abejas. Pero no le sirvió de nada acordarse de todo eso: no podía maldecir a las abejas del sueño. Les hubiese querido aplicar, por lo menos, una maldición simple, sin costuras. Pero no podía. Porque eran agradables las abejas del sueño, y parecía que solidarias, en dos palabras.

Y después de recordar los despojos del sueño y de hacer otras cinco o seis reflexiones insustanciales, sacó los pies de entre las mantas. Fue entonces cuando salió del sueño definitivamente; no por poner los pies en la tierra ni por sentir el frío de la madera, sino porque pisó una rana. La rana, por su parte, se llevó bastante más susto que Matías y, con una habilidad interesante, escapó por la puerta del balcón.

Le pareció extraño a Matías que la rana saliera por allí, porque había dejado bien cerrada aquella puerta la víspera. O no. A decir verdad, estaba demasiado cansado el día anterior y había estado pensando demasiadas cosas antes de meterse en la cama. Y siempre que se piensan muchas cosas a la vez, no sabe uno lo que está haciendo y lo que está dejando de hacer, y se suelen dejar encendidas las luces o abiertos los grifos o el mando de la televisión en la nevera.

Dejó de pensar en la rana y se levantó despacio de la cama para que no le bajara la tensión. Fue al espejo. En la habitación de su casa no había espejos y no recordaba Matías el tiempo que hacía que no se miraba a sí mismo tantas veces seguidas. Pero en la pensión Malanda sí había espejo en la habitación. Y los espejos son aparatos infantiles y tirando a egoístas. Esto quiere decir que todo aquel que esté cerca de un espejo no tiene más remedio que mirarse en él. Y por medio de un mecanismo aparentemente simple el espejo deja que nos veamos casi tal y como somos por fuera. Pero la consecuencia de ese espectacular proceso es más bien vulgar, ya que no vemos en el espejo nada que no supiéramos; nada aparte de darnos cuenta de que nos cuesta diferenciar la mano izquierda de la derecha, cosa extraña en alguien que haya acabado el bachillerato.

Eso sí, el bulto que tenía la víspera debajo de las pestañas no estaba ya debajo de las pestañas; estaba un poco más abajo, en la línea de las ojeras. Matías no tenía ojeras, por supuesto; los funcionarios no suelen tener ojeras. Sí tenía, en cambio, un

bulto redondo, rabioso, un bulto que de un día para otro se había desplazado unos milímetros, en la cara de Matías, de arriba abajo. No se preocupó por ese curioso desplazamiento del bulto, en su cara, de arriba abajo, porque cada vez estaba más convencido de que su cuerpo era como un gato o, dicho de otra manera, cada vez estaba más convencido de que su cuerpo era un ente que vivía a su aire. Es decir, un gato.

De El pelo de Van't Hoff (2003)

Calculó y tiró. Y la pelota pegó en las tres paredes que había elegido, sí, pared derecha, techo, pared izquierda, pero en vez de volver a la mano de Matías, se fue a la otra punta de la habitación. Y empezó a dar botes cada vez más pequeños, hasta que al final se fue rodando hasta, exactamente, el polo contrario de donde estaba él. Matías tuvo que levantarse de la cama y agacharse a recoger la pelota. Eso quería decir (tener que levantarse de la cama y tener que agacharse) que era grande el ridículo que había hecho Matías en el juego que él mismo acababa de inventar. Porque el juego tenía diez fases o, dicho de otra manera, Matías tenía otras nueve opciones de tirar la pelota y recogerla sin moverse de la cama. Ésa es, precisamente, la ventaja de los juegos recién hechos: después de hacer el ridículo, aparecen nuevas reglas; nuevas reglas que dejan en ridículo al ridículo que se acaba de hacer.

Podía tirar, por tanto, otras nueve veces. Se volvió a sentar en la cama. Tiró la pelota y esta vez sí le volvió a la mano, pero sin pegar en el techo. Había sido un tiro cobarde, demasiado suave. Matías tenía miedo de que la pelota se fuese otra vez a la otra punta de la habitación, tenía miedo de tener que volver a levantarse de la cama, de tener que volver a agacharse.

En el tercer tiro sí. En el tercer tiro la pelota pegó en las tres paredes y volvió a la mano de Matías. También en el cuarto y en el quinto tiro.

De El pelo de Van't Hoff (2003)

Desayunó rápido y salió pronto a la calle, a hacer grabaciones. Ana no estaba en la cocina.

Tardó más tiempo que el día anterior en encontrar la calle del informante. Se le hizo más corto, así y todo. Pensó que era por el viento.

Anda suave el viento. En comparación. Con ayer. Por eso estoy más a gusto. Hoy. En comparación. Por algunas calles no. Por algunas calles pega fuerte. Por las calles de la mar. Fuerte. *El viento.*

Eso fue lo que pensó. Porque aunque Matías no conocía todo Idus, ni mucho menos, sabía en todo momento dónde estaba la mar. Miraba por una calle y veía la mar. Miraba por la siguiente, y la mar. La mar se veía por muchas calles de Idus. Y la mar era una referencia para Matías. No había referencia de qué o para qué, pero una referencia. Le tranquilizaba, porque sabía que estaba en Idus todavía; porque sabía que no había salido de Idus, sin darse cuenta, y se había ido a otro pueblo, sin darse cuenta, mientras buscaba una calle en Idus, andando. Y pensaba eso como si Idus fuera el único pueblo del mundo que está junto a la mar. Sabía que era una reflexión tonta la que estaba haciendo, pero las reflexiones tontas son las más normales fuera de casa, cuando el viento, sobre todo.

De repente, sin embargo, miró por una calle y no vio la mar donde tenía que estar la mar; vio un edificio curioso, de algún arquitecto echado a perder. Una placa gigante decía que

era el Museo. Museo de Idus decía la placa. Y Matías creyó lo que decía la placa. Se acordó de Malco, cómo no; allí dentro estaría Malco, trabajando. Se le ocurrió a Matías que algún día tendría que ir al Museo, a visitar a Malco y, sobre todo, a ver lo que estaba pasando con el famoso cuadro. Con el cuadro sobre el que todo el mundo, en Idus, decía algo.

El primer informante de la mañana era Luvino Alda. Luvino no tenía un solo pelo de la cabeza en la misma dirección. Esto quiere decir que hacía lustros que Luvino no se había tocado el pelo de la cabeza o, dicho de otra manera, hacía lustros que Luvino Alda no se había tocado el pelo de la cabeza con intención estética.

El desbarajuste de las cejas de Luvino también era importante, pero lo más terrible eran sus pestañas. Las pestañas son, casi siempre, una especie de pelos que crecen en los párpados. Esto quiere decir que no tienen opción a desviarse demasiado: nacen en los párpados y crecen hacia delante, y, en los casos más eróticos, se doblan hacia arriba las de arriba y hacia abajo las de abajo. Las de Luvino, en cambio, eran pestañas rocambolescas y, según creía Matías, las tenía puestas al revés. Es decir, las pestañas de Luvino, le parecía a Matías, en vez de nacer en los párpados, nacían en el aire y acababan en los párpados.

Matías dio gracias a que era invierno y a que Luvino llevaba jersey puesto. De esa manera no se le veía el pelo de los brazos. Porque Matías, después de ver la cejas y las pestañas de Luvino, estaba imaginando el pelo de sus brazos, y se le ocurrió que el pelo de los brazos de Luvino bien podía ser el caos en persona. Un señor caos. Y el caos es una cosa que puede echar a perder el cerebro de cualquier persona, por mucho que esa persona sea funcionario o sea el mejor proyectista del Ministerio. Y es posible que del mundo.

De *El pelo de Van't Hoff* (2003)

Sacó la pelota del bolsillo entonces y empezó a jugar. El juego era tirar rodando la pelota de un ejército a otro, para tumbar a los soldados de enfrente, hasta que no quedase uno en pie. De vez en cuando, eso sí, la serpiente de la pelota intentaba darle un mordisco a alguno de los soldados. No porque le tuviera un odio especial, sino porque les quería hacer reflexionar sobre su profesión; intentaba que pasasen de ser soldados de plástico a ser carteros de plástico o bomberos de plástico.

Y así fue como estuvo Matías jugando; haciendo el papel de Miguel por una parte, y haciendo el papel de Matías por otra, de un frente al otro. Al final ganó Matías, por supuesto; cuando cayó el último soldado de Miguel, había dos de Matías que seguían en pie, tiosos y con cara de desprecio, como no podía ser menos. Uno era de plástico verde y el otro de plástico marrón.

De El pelo de Van't Hoff (2003)

Y siempre que hablaba o pensaba sobre los Premios Nobel, contaba el caso de Van't Hoff. Es más, es posible que por eso empezara a hablar o a pensar sobre los Premios Nobel, para después contar el caso de Van't Hoff. Porque disfrutaba contando el caso de Van't Hoff. Disfrutaba.

A Van't Hoff le concedieron el Premio Nobel de Química en 1901. El primer Premio Nobel de Química. Del mundo. Jacobus Henricus. Van't Hoff. Ese era su nombre completo. Jacobus Henricus. Van't Hoff el apellido. Los amigos le llamarían de otra manera seguramente. Los de la familia, tíos madre hijos, de otra. Después murió en 1911, en Berlín seguramente. Con 59 años. En Berlín (1852-1911). La cosa es que murió en 1911 y que eso es el principio del siglo XX.

Pero a Mateo no le interesaban esas cosas. No eran más que datos. Todo eso. Datos. A Mateo le interesaba, sobre todo, una fotografía de Van't Hoff. Una fotografía: Van't Hoff aparecía solo en la fotografía, y no tenía, ni mucho menos, 59 años; ni siquiera 58. Tendría 35-40. O puede que dos más. Y eso quiere decir que la fotografía era una fotografía del siglo XIX. Y en el siglo XIX la gente no se hacía muchas fotografías. Media docena en toda la vida, como mucho. Como muchísimo. Por eso se ponían terriblemente elegantes para las fotografías. También Van't Hoff aparecía terriblemente elegante en la fotografía. Pero no era eso lo más impresionante de aquella fotografía. Lo más impresionante de aquella fotografía era que Van't Hoff no se había peinado. Van't Hoff tenía el pelo todo revuelto en la parte izquierda de la cabeza. Con exageración. Como si se hubiese levantado de la cama siete segundos antes. Y una persona tiene que tener mucha personalidad para decidir no peinarse cuando sabe perfectamente que no se va a hacer más que una, dos, tres fotografías en toda su vida. Y Van't Hoff aparece en todas las enciclopedias, biografías y libros de ciencia del mundo con el pelo revuelto en la parte izquierda de la cabeza, como si siempre se estuviese levantando de la cama

siete segundos antes de que alguien abriese la enciclopedia o la biografía o el libro de ciencia. Y Van 't Hoff era Premio Nobel de Química y debía dormir muy bien, porque si no es difícil tener el pelo tan levantado en la parte izquierda de la cabeza. En el siglo XIX.

Por eso le tenía Mateo tanto cariño a Van 't Hoff. Por su personalidad. Por la personalidad que había tenido Van 't Hoff, por no peinarse el día de la fotografía. Y Mateo solía decidir que le tenía tanto cariño a Van 't Hoff como a sus tías. A sus tías. No a las tías de Van 't Hoff, claro. A las suyas.

Luvino no entendió el texto; Matías sí. La enciclopedia Tabucchi de Luvino era verde.

De El pelo de Van 't Hoff (2003)

Unai Elorriaga nació en Bilbao en 1973. Es licenciado en filología vasca, trabaja como traductor en el Instituto Labayru y ha escrito artículos en distintos periódicos. Se dio a conocer en los premios literarios organizados por el diario *Deia* y su relato “Laztanik salinera” (“La caricia más profunda”) fue incluido en la antología de narradores bilbaínos *Bilbao Ipuin Biltegia* (*Bilbao Almacén de Ficciones*).

En 2002 obtuvo el Premio Nacional de Narrativa por *Un travía en SP*, escrita y publicada en euskera antes de ser traducida al castellano por el propio autor. Fue él mismo quien se ocupó de la versión en español de su posterior novela, *Van't Hofferen ilea* (*El pelo de Van't Hoff*, 2004). Su tercer libro, *Vredeman*, ha sido presentado recientemente y editado, por el momento, sólo en euskera. Ha publicado también una serie de ensayos bajo el título *Literatur ideia batzuk* (Labayru, 2001).

UNAI ELORRIAGA
leyó sus textos en Almendralejo
el 16 de marzo de 2006



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

5

aeex asociación de escritores extremeños

JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Cultura